

FRANQUISMO E IDENTIDAD EN EL EXILIO REPUBLICANO EN MÉXICO

Juan Carlos Pérez Guerrero

Universidad de Salamanca

Tal vez el lector pueda extrañarse de la relación establecida en el título del presente artículo entre franquismo e identidad en el exilio, sin embargo, la evolución del franquismo va a jugar un papel decisivo en la dinámica identitaria generada en el exilio, ya que en el proceso de reorganización del discurso identitario, emergerá una narración consecuencia directa de la relación entre pasado-presente-futuro, en el que el pasado es constantemente reinterpretado desde un presente, efímero y cargado con las incertidumbres del futuro plural que vuelve, a cada momento, a reorganizar pasado y presente. El exilio soportará, por consiguiente, el pasado amargo de la derrota y el abandono forzoso, el presente del desarraigo y la incertidumbre forzada por un futuro de transitoriedad pensada, todo ello en constante interacción.

Pero antes de pasar a argumentar la relación entre franquismo e identidad, detengámonos en el concepto de identidad que pretendemos desarrollar.

La identidad está intrínsecamente unida a distinguibilidad como elemento principal, teniendo como referencia a un nosotros colectivo frente al reconocimiento social de la otredad en un medio texturizado, reconciliando así posturas objetivistas y subjetivistas hasta ahora enfrentadas. Para ello debemos tener en cuenta, siguiendo a Batjín y a su “arquitectónica del mundo real”, la participación en el

propio discurso tanto de la autorepresentación (yo-para-mí) [subjetivismo teórico], el reconocimiento por parte de la otredad (yo-para-el-otro) [objetivismo teórico], como la interpretación por parte del grupo de la propia contextualidad (el-otro-para-mí), del medio englobativo.¹

Se introduce así un nuevo elemento que rompe con la idea sustantivizada de identidad como un todo de notas constitutivas fundamentalmente estáticas, e introduce el dinamismo, la procesualidad como elemento intrínseco del discurso identitario, remitiéndonos a un sistema informacionalmente abierto al medio social en el que el yo esencialista se convierte en un yo-en-devenir que interpreta la información procedente de su interioridad y exterioridad para generar un discurso social de identidad en constante construcción. Dicha dimensión constructiva nos remite de nuevo al proceso de reorganización llevado a cabo en el propio presente, en la realidad vivida e interpretada del exilio, y que se apoya, a su vez, en un pasado (tradicción, memoria o cultura) que aporta una información que otorga la certidumbre necesaria para la reconstrucción del discurso identitario ofreciendo cohesión, neguentropía que facilita la reorganización citada. A su vez, los posibles futuros, en el que la evolución del régimen franquista obtiene un peso más que considerable, ofrece una información incierta, un abanico de posibilidades desestructuradoras, desorganizadoras, entrópicas.

El grado de influencia de estos futuros posibles a los que nos remitimos, respecto al discurso identitario, variará dependiendo de la realidad presente de la comunidad exiliada, por lo que creo necesario describir, aunque brevemente, la situación de la colectividad republicana durante los primeros años de exilio en México.

1. EXILIO Y PRECARIEDAD

En primer lugar, la relación con la sociedad mexicana no corresponde con la visión idílica que algunos investigadores pretenden hacer creer, ya que a pesar de las buenas intenciones del general Lázaro Cárdenas, o de la izquierda más comprometida en México, surgía un bloque de rechazo al exilio que aglutinaba diversos colectivos, desde una derecha política e intelectual, una colonia española que había

1. Bubnova, Tatiana, "Introducción", en Bajtín, Mijaíl, *Yo también soy. (Fragmentos sobre el otro)*. México, 2000, 16.

apoyado abiertamente la sublevación militar, a una clase popular bombardeada con un discurso patriótico en el que el español sufría la estereotipación que le identificaba negativamente con una emigración anterior, así como con la figura del colonizador culpable de la desaparición de un pasado revitalizado y convertido en eje articulador del discurso nacionalista. Sin embargo, la inicial adaptación en la cultura y estructuras sociales del México cardenista no fue en exceso traumática. Parte de la sociedad mexicana apoyó desde el inicio de la Guerra Civil a la causa republicana, al igual que un gobierno que intentaba acelerar la participación de la minoría exiliada en las estructuras públicas de la República Mexicana. No obstante, una de las trabas más importantes, teniendo en cuenta la fuerte politización del exilio, se basaría en la imposibilidad de participación política en ámbitos que afectaran a la República Mexicana, negando un marco libre para ver realizadas opiniones o expectativas, sintiéndose el exiliado marginado en cierta forma del estatus general y completo de ciudadanía.

No podemos olvidar la participación de los gobiernos mexicano y español en el exilio, en lo que se ha denominado un tutelaje formal, en el que órganos como La Casa de España, el Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles (CTARE), o la JARE,² posibilitaron el intercambio y la ampliación de las redes sociales que serán, realmente, las que estructurarán las oportunidades, las que posibilitarán la microestructuración capaz de resolver los problemas cotidianos introduciendo instrumentos de acción como la solidaridad y la colaboración a partir de las relaciones personales propiciadas en espacios de socialización como los diversos centros regionales, ateneos, centros culturales o lúdicos, etc. La participación en dichos espacios relativizará la desarticulación de las redes sociales primarias propiciada por el propio proceso migratorio al cubrir necesidades afectivas, a la vez que económicas a partir del acceso al dinero y a la información, y culturales al posibilitar la generación de espacios en los que reconstruir una identidad común³.

-
2. Para un mejor conocimiento del desarrollo y actividades de estas asociaciones, Cf. Lida, Clara E. (con la colaboración de José Antonio Matesanz y la participación de Beatriz Morán Gortari), *La Casa de España en México*. México, 1988, y Del Valle, Jose M^a., *Las instituciones políticas de la República en exilio*. París, 1976.
 3. Sobre la generación de espacios sociales en el exilio, Cf. Pérez Guerrero, Juan Carlos, "Espacios, dinámicas y discursos en el Exilio Republicano en México". *Studia Zamorensia*, n° VI, 2002.

Sin embargo la situación de la comunidad exiliada en relación con el medio mexicano se mostraba precaria, precariedad sustentada, fundamentalmente, en la incertidumbre generada por el propio desarrollo del franquismo (probabilidad de desaparición o permanencia), lo que generaría la posibilidad de un retorno anhelado por la totalidad del exilio. Así pues, la construcción de un proyecto de vida centrado en el regreso o la permanencia, en la transitoriedad o definitividad del exilio, perfilará un discurso identitario basado en su necesidad de distinguibilidad y reafirmación, o por el contrario, en su difuminación, que nunca anulación, bajo la finalidad clara de una integración social al medio mexicano.

Por consiguiente, la incertidumbre tratada, siguiendo a Hirschman⁴, será el factor principal en la reafirmación del discurso identitario a partir de la participación en estos espacios sociales en los que se lleva a cabo la construcción de dicho discurso. En otras palabras, mientras la incertidumbre esté presente, la participación del exiliado en centros regionales, ateneos, etc., será necesaria ya que es en esta participación en la que el exiliado construye un discurso individual y colectivo del cual beneficiarse.

Pero pasemos sin más demora a ver las relaciones que hemos introducido y teorizado.

2. I ETAPA. DEL EXILIO AL FINAL DE LA II GUERRA (1939-1945)

España, a partir de la intervención del ejército alemán e italiano en favor de los insurrectos durante la Guerra Civil Española, se había convertido en campo de experimentación fascista, convirtiéndose los sublevados en claros aliados del nazismo alemán y el fascismo italiano.

La alianza entre franquistas y el eje Berlín-Roma se hacía explícita a pesar del Acuerdo de No Intervención firmado por las potencias europeas y del neutralismo adoptado por el gobierno franquista durante la II Guerra Mundial, tanto a lo largo del propio conflicto como en la amistosa relación posterior que Franco demostraría

4. Hirschman, Albert O., *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*. Cambridge, 1970, 216.

públicamente al entrevistarse con Hitler en Hendaya, con Mussolini en Bordighera o Pétain en Montpellier. Es por ello que el desarrollo de la guerra se seguía con gran interés desde el exilio mexicano. La posible victoria de los aliados significaría, sin lugar a dudas, la caída de Franco y su Régimen y el consecuente retorno de la comunidad exiliada.

Entramos así en una primera etapa de claro optimismo en el propio exilio. El futuro proponía el fin de éste, el retorno y la reconstrucción de una nueva República, y la comunidad exiliada se preparaba para una rápida vuelta a España.

La transitoriedad del exilio obtenía en sus primeros años su confirmación a partir del desarrollo de una Guerra que se creía perdida por los fascistas, lo que revertería en un reforzamiento de la distinguibilidad con respecto a la sociedad mexicana debido a la inexistente intención de integración en un país que, como indicábamos anteriormente, mostró los claro-oscuros del repudio.

Esta transitoriedad obligó a la comunidad exiliada a buscar formas de protección y transmisión de su cultura, valores y tradiciones.⁵ El intento de salvar el sentido espiritual de la República se concretará en diversas asociaciones como Acción Republicana Española (ARE), o la Junta de Cultura Española entre otros, cuyos objetivos se centraban en “evitar la disgregación de los intelectuales expatriados, estableciendo entre ellos relación constante”⁶. La pretensión de unidad del exilio y su espíritu generará instituciones como las escuelas fundadas con los fondos del CTARE, la JARE, e incluso del gobierno mexicano, cuya finalidad se centraba en “educar a los hijos de tal manera que no perdieran la *identidad española*, que se movieran entre la gente similar a ellos y que la escuela inculcara en ellos el profundo republicanismo que aquellos hombres y mujeres habían difundido hasta sus últimas consecuencias.”⁷

5. Segovia, Rafael, “La difícil socialización del exilio”. *Leviatán. Revista de Hechos e Ideas*, 59, 1995, 112.

6. Artículo II de los estatutos de la Junta de Cultura Española. Cit. en Abellán, José Luis, *De la Guerra Civil al exilio republicano (1936-1977)*. Madrid, 1982, 72.

7. Monedero López, Enrique, *México: los colegios del exilio*. Madrid, 1996, 6. La cursiva es nuestra.

Los valores defendidos en el nuevo contexto se convirtieron en elementos reinterpretados a la luz de los nuevos acontecimientos, generando la idealización de una nueva cultura de valores, iconos y significados que se intentaban aislar de la cultura dominante, la mexicana, ante la posibilidad de una “contaminación” que acabaría con la posibilidad de devolver a España su sentido espiritual intacto.

Por consiguiente, la idea del pronto regreso generará un intenso discurso en el que se pretende reforzar el carácter subjetivo de esta “arquitectura identitaria”. El autoreconocimiento (yo-para-mí) y aislamiento respecto a la sociedad mexicana, en otras palabras, la generación de una especie de “burbuja cultural”, respondería a esta transitoriedad evidente a partir de la información seguida por la prensa internacional.

Sin embargo, la unidad del exilio seguía siendo una utopía. El exilio generará y reproducirá fragmentaciones políticas, ideológicas e incluso regionales ya existentes durante la República, que se hacían evidentes en la proliferación de asociaciones de diversa índole, generando una multivocidad en el propio discurso identitario.

Como hemos podido observar, el posible futuro de la caída del Régimen junto con los fascistas generó un proyecto futuro de vida en España, lo que generó la cerrazón del exilio, la fractalización del sistema social de la España Republicana, y una fuerte identificación de dicho discurso a partir de la participación colectiva en el propio proceso. Sin embargo, el discurso identitario que idealizaba los valores de la República y de la España añorada se fortalecía ante el explícito rechazo de la Antigua Colonia Española y de parte de la sociedad mexicana, aunque a mi parecer, sea este un aspecto que obtendrá un mayor peso en la construcción discursiva tiempo después.

3. II ETAPA. DEL FINAL DE LA II GUERRA MUNDIAL AL RECONOCIMIENTO INTERNACIONAL DEL RÉGIMEN (1945-1950)

El fin de la II Guerra Mundial significará un punto de bifurcación, de inflexión en el desarrollo del proceso identitario. Volviendo a la propuesta teórica expuesta en el primer capítulo, la continuación del Régimen tras la caída de Hitler y Mussolini proporcionará un alto grado de incertidumbre entre la sociedad exiliada, lo que generará una desorganización discursiva que a lo largo de la última mitad de la década de los cuarenta irá reconstruyéndose en un nuevo discurso identitario.

El énfasis del exilio, más que en reforzar su discurso, se centrará en esta fase en una lucha política por conseguir el apoyo diplomático internacional frente a una estrategia similar del Régimen, que pretende “maquillar” su política en busca del reconocimiento externo.

Es la época “publicista” del exilio, si se me permite, centrada fundamentalmente en la búsqueda del apoyo de las Naciones Unidas. Las revistas publicadas en el exilio así lo recogen, manteniendo dos vertientes de actuación dialogantes: mantener la opinión frente al Régimen y sobre el país haciendo eco de la vida de los exiliados, y argumentar la negatividad representada por Franco y la positividad de España y sus gentes.⁸

Ante la búsqueda de apoyo de las Naciones Unidas, la Junta de Cultura Española, en abril de 1945, se dirigirá a la ONU en San Francisco, obteniendo como respuesta la condena unánime del franquismo, ratificando la Carta del Atlántico suscrita por Roosevelt y Churchill y las conferencias de Yalta y Postdam, a la vez que generaba una euforia comedida y volvía a despertar una esperanza entre los exiliados que, si bien no significaría el derrumbe inmediato del Régimen, sí su aislamiento y bloqueo internacional.

La nueva situación frente a la comunidad internacional se veía respaldada por una propuesta de gobierno sólida que había generado, entre las diversas fuerzas políticas y sindicales, un “pacto de unidad”. Sin embargo, y a pesar del apoyo internacional de diversos países iberoamericanos y centroeuropeos, los grupos de izquierda franceses; la propia prensa francesa, británica y norteamericana; y el gobierno inglés y estadounidense no mostraban un gran entusiasmo en la ruptura de relaciones diplomáticas, bloqueando la discusión generada en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU, y continuando con una política aperturista en materia económica.

La crítica al Régimen se relajaba, y a pesar de la condena y exclusión de España de la ONU en 1949, los debates internos con respecto a la política internacional a seguir con España significaron la derrota del republicanismo a pesar de los esfuer-

8. Alted Vigil, Alicia, “Franco y el régimen: imágenes desde el exilio, 1945-1977”. *Historia Contemporánea. Anales de la Universidad de Alicante*, 8-9, 1991-1992, 150.

zos de unidad entre los distintos sindicatos y grupos políticos. En plena Guerra Fría, el sentimiento anticomunista sustituía al antifascista.

Los ires y venires de la República en el contexto internacional y los apoyos y espaldas ofrecidas por los miembros de la ONU, generaron una incertidumbre que ofuscaba anteriores proyectos de vida. El regreso no sería tan inmediato, e incluso podía convertirse en una gran ilusión. La transitoriedad del exilio pendía del frágil hilo de la geopolítica recurrente.

Necesariamente, esta incertidumbre permeaba en la participación activa en los distintos espacios de sociabilidad, formales e informales. La necesidad de participación en el proceso de construcción del discurso identitario seguía estando vigente, y la importancia de elementos articuladores como la legalidad de la II República y su identificación con los valores políticos y sociales contenidos en la Constitución del 31 se convertían en elementos cohesionadores, fuente de certidumbre. Sin embargo, no debemos ser miopes a una realidad fragmentaria ya que, más que una acción masiva y controlada canalizada a reafirmar ese espíritu republicano, la magnitud de la actitud a la que nos referimos recaerá en su influencia en toda y cada una de las asociaciones de las que el exiliado forma parte, ofreciendo un discurso aperturista y definitorio.

El discurso identitario adquiriría así una distinta “arquitectura” en su nueva organización. La necesidad de demostrar a la comunidad internacional la legitimidad de la República y el vigor de sus gentes reestructuraba y reacomodaba elementos participantes en el discurso identitario, y la necesidad de objetivación (yo-para-el-otro) se presentaba como fundamental y necesaria.

La comunidad exiliada, mediante sus actos públicos y las actividades de sus miembros, necesitaba incidir en la distinguibilidad con respecto al emigrante económico de decenios anteriores. Si la autorepresentación se había fortalecido en la etapa anterior, ahora era necesario abrir las puertas del exilio para que todo el mundo fuera capaz de desvincularlo de la comunidad española residente en México. El exilio abandonaba relativamente su coraza cultural para llegar tanto a la comunidad internacional como al propio mexicano.

Sin embargo, la duración del exilio sobrepasaba los cálculos iniciales, y aquel aislacionismo íntimamente relacionado con la negativa a la integración en el medio mexicano se iba diluyendo. El discurso se relajaba en intensidad a la vez que caía

el estereotipo sobre el que se había posado la comunidad exiliada. El transcurso del tiempo y esta nueva situación coyuntural había demostrado a la sociedad mexicana que el exiliado no era aquel emigrante de escasa cultura y rudos modales que venía a enriquecerse a costa de los mexicanos, al igual que acabó con la idea del exilio como horda de desalmados comunistas bolcheviques. La dialéctica con respecto al otro perdía la intensidad de años anteriores, el exilio perduraba y Franco se acomodaba en el poder.

4. III ETAPA. DEL RECONOCIMIENTO DEL RÉGIMEN A LA CONSUMICIÓN DEL EXILIO (1950-)

Eran ya pocos los que creían en el posible retorno. El futuro, que hasta entonces había mostrado su doble cara, escondía en sus sombras las mil veces sentenciada agonía del Régimen.

El año de 1950 se convirtió en un punto de inflexión, en una desgarradora bifurcación en la que la esperanza se transformaba en resignación.

En la V Asamblea General de las Naciones Unidas, septiembre de 1950, se abolió la prohibición internacional de mantener representación diplomática en Madrid y se daba luz verde a la adhesión de España en las Naciones Unidas o asociaciones ligadas a dicha organización. Con el ingreso de España en la UNESCO, el 17 de noviembre de 1952, y su posterior aceptación como país observador permanente en la propia ONU, en enero de 1955, el exilio daba un giro de 90 grados y con él, su discurso identitario.

La procesualidad del discurso, inherentemente vinculado con el desarrollo político español, entraba en fase de consumición. Como incide Alicia Alted, los años 50 fueron años de transición en las fuerzas opositoras, los jóvenes nacidos en el interior tomaban el relevo con el antiguo republicanismo de referente, construyéndose puentes de diálogo que llevaran a la reconciliación de los españoles, y el exilio, tantas veces abanderado de la legitimidad y valores de la España republicana, reconocía su incapacidad de imponer el principio de convivencia a las demás parcialidades.⁹

9. Alted Vigil, Alicia, "Fernando Valera y el Diálogo de Las Españas". *Cuadernos Republicanos*, 19, 1994, 83-86.

Los tiempos de la unidad del exilio, de aquella fragilidad de espíritu inquebrantable, excepcional por su rareza, quedaba atrás.

Los acontecimientos generaron el fin de la incertidumbre, el futuro había que construirlo en un México amado y sufrido.

Esta nueva situación impulsó de nuevo el proceso de reorganización del discurso identitario basado, fundamentalmente, en la frustración del proyecto de futuro. Los espacios de discusión perdieron la eficacia de momentos anteriores tendiendo a desaparecer, debido a la búsqueda de una integración efectiva en el contexto mexicano, o quizás, al trocarse la incertidumbre que había acompañado al republicano en todo su exilio, en certidumbre.

Tras el reconocimiento del Régimen la estrategia había cambiado y, como indicábamos, la necesidad de aumentar el grado de integración en la sociedad mexicana exigía el relajamiento de los contenidos del discurso identitario.

Los espacios de socialización, que antaño sirvieron como articuladores del discurso, fueron abriendo sus puertas a la sociedad mexicana perdiendo su eficacia. El exilio se consumía, aunque nunca desaparecería de un México que rendía honores a los intelectuales republicanos, revitalizando la memoria del propio proceso. Aquella identidad múltiple de un yo disgregado se esencializaba al descubrir “con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, que el tiempo no ha pasado rápidamente y que, tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejarán de ser un exiliado”.¹⁰

Concluiremos esta aproximación a la relación entre el desarrollo del franquismo y los procesos de identidad del exilio con las palabras de un exiliado ilustre, Luis Araquistain, que resume la esencia de lo que aquí, modestamente, se ha querido argumentar:

“El tiempo corre en contra de la emigración, pues si el aislamiento endurece a la España franquista, diluye y debilita a la España peregrina. Las emigraciones polí-

10. Alted Vigil, Alicia, “Franco y el régimen: imágenes desde el exilio, 1945-1977”. *Historia Contemporánea. Anales de la Universidad de Alicante*, 8-9, 1991-1992, 149.

ticas se desinteresan progresivamente a medida que pasa el tiempo y crece su aislamiento dentro del mundo en que se instalan y en relación con el país de origen.”¹¹

El exilio se consumía, su integración se aceleraba, pero su desaparición está lejos de ser un hecho, la identidad del exilio y su defensa pasará de manos de sus protagonistas a las voces de una memoria compartida.

11. Araquistain, Luis, “Pensamiento español contemporáneo”, Buenos Aires, 1962, 151.

